

JORGE I. COVARRUBIAS¹

NADA

En medio de la oscuridad titila la lucecita de una vela. Por un instante alumbra tímida la penumbra. Vacila, agoniza y muere. No queda nada. ¡Era mi vida!

INVITACIÓN

Cansado de labrar campos y estrellas, Virgilio enfile sus loas a Baco, a los viñedos de la colina, a la aceituna de los olivares. La vida rebosa con la generosidad de tu mano, le dice al genio travieso, verdeas los campos con la viña otoñal y desbordas las ánforas de vino espumoso.

Ven, descálzate y deslía conmigo el mosto con tus pies desnudos.

TATTWAMASI

Me miro en el espejo y no reconozco mi rostro. Cierro los ojos y escudriño mi interior, donde un doble inusitado se ríe y me dice burlón: ¡Eso eres tú!

¹ ANLE y ASALE. Es Secretario de la ANLE y presidente de la Comisión de Información, autor de tres libros y tres audiolibros, ha ganado premios de ensayo, cuento y poesía. <http://www.anle.us/234/Jorge-Ignacio-Covarrubias.html>

MULTA PAUCIS

En respuesta a un imperativo categórico parte hacia su objetivo. No tiene conciencia del blanco sino sólo del vector de fuerza. La competencia abrumadora deja un tendal de bajas en aras de la supervivencia de los más aptos. Porta como un tesoro el ineludible código que transmitirá.

Su existencia es ese trayecto, su forma, la estricta adaptación al medio. Lucha, avanza, compite, vence la puja insólita, supera la tensión superficial y como único y victorioso espermatozoide fecunda el óvulo propicio para renovar la tristeza cósmica y cíclica del universo.

WITTGENSTEIN

Quiero morir cuando decline el día, poetizaba Manuel Gutiérrez Nájera. La muerte es una refutación de la eternidad porque la vida es finita, falible, vulnerable. Pero si postulamos con Wittgenstein que la eternidad no significa una duración infinita sino intemporal, entonces la vida eterna nos pertenece a quienes vivimos en el presente. Y el mismo Manuel Gutiérrez Nájera recapacita: ¡No moriré del todo, amiga mía!

VIDA

Si bebe la tierra fértil —pregunta Anacreonte a interlocutores poéticos— si beben las plantas de la tierra, las aguas de los vientos, el sol de las aguas, la luna del sol y las estrellas claras, si toda la naturaleza necesita beber para sobrevivir, si el líquido vital se trasmuta en savia y sangre que define la vida, ¿pues por qué me vedáis el vino, camaradas?

DESPERTAR

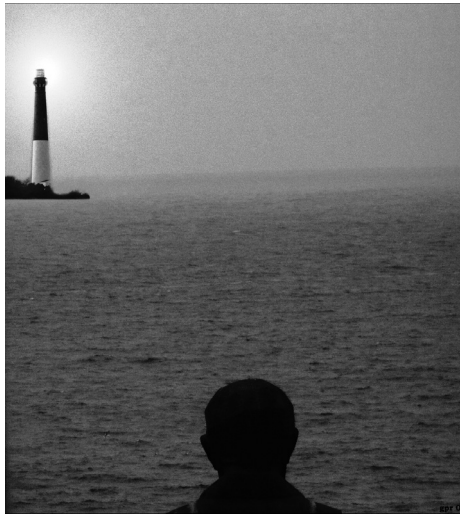
El aplauso de una sola mano deja un silencio elocuente. El mundo, un diálogo del absurdo, aviva la imaginación. El koan, una

parábola incisiva, parte como una flecha con la noción del blanco. La intuición se despreza, se agita como una hoja al viento, se arremolina como una ráfaga helicoidal. Pero es el golpe súbito del maestro el que despierta a la realidad intuitiva, el que rasga el velo que cubre los ojos, el que descubre lo inefable. Es ese golpe el que revela a la vez el desamparo y el camino. Es ese golpe Zen el que despierta al Lazarillo de Tormes.

LUZ

Ya no pasa ningún barco por la bahía ni vive nadie en el islote. Sólo el faro se yergue en esa superficie mínima acosada por el oleaje. La estructura de ladrillos despide un polvo ocre con olor a humedad. En lo alto, un foco ilumina la noche en movimiento rotativo detrás de un ventanal circular. El rayo de luz ilumina intermitente la marejada y la roca. A veces una mala pasada del viento evoca el sonido asordinado de una sirena. Pero nadie viene ni a nadie espera.

Abrumado de soledad, el encargado se limita a cumplir con un imperativo categórico: la luz nunca se apaga.



© Gerardo Piña Rosales